

que tomó a doña Jerónima en su propia casa, para hacerla decir que él lo ignoraba».

El Presidente Lope de Armendáriz volvió a la cárcel pública algún tiempo después y murió en ella, cargado de años y abrumado de pesadumbres, en septiembre de 1585.

* * *

Concluida como arriba se dijo, la venganza del Fiscal Orozco y del Oidor Zorrilla, en cuanto a la persona del Visitador, faltábales dar cuenta de su hijo.

De común acuerdo determinaron por aquellos días dictar un auto por el cual se notificó a don Hernando de Monzón «no entrase en la ciudad» ni se acercase a ella en cinco leguas a la redonda, so pena de ser considerado traidor al rey y de verse condenado a la pérdida de sus bienes.

Ocho días después de este hecho fallecía el hijo del visitador, exhalando el postrer aliento en brazos de su desventurada esposa, la hija del conquistador Antón de Olalla.

MANUEL JOSÉ FORERO

POPAYAN

Bogotá, mayo 26 de 1931

Señor doctor don Arcesio Aragón—Popayán.

Muy respetado amigo:

La gentileza de don Elías Quijano me ha favorecido con el volumen *La Universidad del Cauca*, que publicó usted hace algún tiempo.

Con avidez de aficionado a las disciplinas pedagógicas e históricas he leído tan interesante obra. La disertada pluma de usted ha trazado un cuadro vivo, ilustrativo y ameno. Allí fraternizan de manera grata el

dato cronológico, el concepto sustancioso y la forma elegante y correcta.

Este libro es la historia intelectual de Popayán, ciudad blasonada, a la que llamó con justicia y belleza el árcade de mis montañas de Antioquia, Marco Fidel Suárez, el «nartecio glorioso de la República».

La vida de la ciudad de don Sebastián se confunde con la de Colombia: la historia de ésta tiene allá muchos soles, que la abrillantan. Porque de ese «valle feliz» han salido varones que lustran los campos de la ciencia, de la guerra y de la poesía. Con permiso del ínclito Guillermo Valencia, se puede decir que esa sociedad se ha contagiado de la grandeza del Puracé.

Quien visite a Popayán, no podrá olvidarla nunca, jamás. Honda impresión dejan en el alma ese panorama tan fresco, tan diáfano y delicioso; esa llanura tan discreta y verde; esa luz tan suave y tonificante, como rica en rayos ultravioletas, ese río, esas fuentes de aguas bullidoras y ese cielo abierto y azul. Esa emoción, digo, no se borra.

Y el hechizo físico corre parejo con los placeres de la mente y los deleites del corazón de que allí se goza. Es la paz del ánimo, la *secura quies* del cantor latino. El vivir impregnado del sano olor de la alquería, de los efluvios del campo y del aroma de la virtud y la inteligencia, transporta la mente al edén bíblico y explica cómo en ese callado centro nacieron tantos conductores insignes.

Dióle el primer impulso a la capital del Cauca el recio conquistador Belalcázar. Tras él han seguido legiones de sabios, de héroes y de santos. Porque para toda actividad ha tenido ella nobles impulsores: para la guerra, leones; para el foro, jurisconsultos y oradores de vuelo olímpico; sacerdotes y preladados insignes para el altar; estadistas para el Gobierno; cantores épicos

de las glorias nacionales, y maestros doctos para la cátedra.

Su libro es un desfile de inmortales: Mariano Grjalva, José Félix de Restrepo (antioqueño) y el maestro Manuel María Luna, «plasmadores de gigantes»; Caldas y Camilo de Torres, sabios y mártires, cuyas estatuas, que adornan los jardines de Popayán, cantan la dolorosa gloria de esos próceres, y otros más en incontable serie, que lucen cual piedras rutilantes en la obra *Universidad del Cauca*.

Bolívar amó a Popayán. Grandes amigos, colaboradores y admiradores contó allí el Padre de la Patria. La predilección del grande hombre es razonable. El genio múltiple del caraqueño, que irradiaba en todo sentido y en toda hora, hallaba en ese «hogar de la República» motivos para desdoblarse: como guerrero, trataba con héroes; como poeta, en ese olimpo, estaba bien acompañado; como gran señor, en esos salones aristocráticos, danzaba y hablaba como lo había hecho en su mansión señorial de Caracas y en los elegantes palacios de Europa. Además, payanés fue el vidente que adivinó el genio del militar venezolano y le salvó en horas de infortunio. También el antioqueño José M. Salazar antevió en 1812 al futuro Libertador y garantizó los servicios de éste ante el Gobierno de Cartagena.

Miles de lucientes nombres y hechos relata la obra *La Universidad del Cauca*. Seductores ejemplos del heroísmo e hidalguía payaneses, pero hay una página, para mí más que todas inmortal: la creación de la SOCIEDAD DE EDUCACIÓN ELEMENTAL PRIMARIA DE POPAYÁN en 1833. ¡Qué hombres compusieron esa Junta y qué planes tan hermosos y cuán sabios los estatutos que se dieron los promotores! La nómina es verdaderamente patricia. Y cómo acudieron eminentes ciudadanos a hacerse inscribir en aquella como *legión sagrada de Peló-*

pidas: Jerónimo Torres y el Illmo. señor Jiménez de Enciso, entre otros. Y, como toque gentil de poesía y humanidad, las damas de Popayán se constituyeron en Junta para impulsar la educación de la mujer. Doña Asunción Tenorio cedió una parte de su casa para que se estableciera allí la escuela de niñas. La SOCIEDAD prosperó y tuvo en su seno descollantes miembros activos y honorarios.

La cultura clásica que ostentaron nuestros primeros estadistas, adquirida en los seminarios y colegios de la colonia, les dió la amplitud de facultades requeridas para la vida más noble y encumbrada. Los que en esta hora de frivolidad se rien del latín, del griego y de la filosofía, no saben que tales estudios forman el verdadero tipo de hombre civilizado e imprimen carácter. Tomo este vocablo en su acepción clásica, esto es, como la fisonomía del espíritu. (*Carácter* viene del griego *jarasso*, grabar),

Bolívar, Camilo de Torres, Santander, Nariño, García Rovira, y muchos más, debieron su grandeza, en gran parte, a la formación que recibieron: el vino de la Hélade y de Roma fue para ellos elixir de vida. La palmada toga los abrigó, tanto en los campos de batalla, como en el gabinete y, para morir, la rozagante pretexto les sirvió de sudario.

El estudio consciente de la historia muestra al hombre los caminos del éxito, y nuestra juventud debe beber en esas fuentes. Recuérdese que Liborio Mejía, o mejor Liborio *sin tierra*, el romántico militar de la embesitada de la Cuchilla del Tambo, enseñó filosofía en Medellín, y entre sus discípulos conté nada menos que a Alejandro Vélez, hombre de encumbrada inteligencia y claros talentos.

Cuando Mejía, por acompañar a Caldas en la expedición al sur de Antioquia, dejó la cátedra, subió a ella

José Félix de Restrepo, quien poco hacía había llegado de Popayán.

Al recorrer los claustros del venerable Seminario de Popayán, en compañía del amable sacerdote Emiliano López y al visitar el Paraninfo de Caldas, guiado por el competente Vicerrector de la Universidad, pensaba yo en la grandeza de Colombia y en la excelsitud de nuestros próceres, cuyo ejemplo es para nosotros un compromiso de velar por la prosperidad de la Patria. ¿Cumplimos fielmente ese mandato? ¿Nuestros actos se conforman con el ideal que fue el lucero guiador de los Padres de la Patria? Porque es preciso confesar que los Libertadores lucharon con lealtad y abnegación; sus inevitables errores de hombres, no podrán nunca desteñir el cuadro luminoso de la epopeya.

Su obra, doctor Aragón, representa una labor dilatada, consciente y meritoria: es, por lo que narra y enseña, una lección de oportunidad inacabable. Educa, estimula y lleva al lector a días de idealismo sano y de heroísmo ejemplar. Al evocar las sombras egregias de nuestros fieros eupátridas quisiera uno decir a cada una de ellas lo que el sacrificador a Edipo en la tragedia de Sófocles:

«Sé hoy igual a tí mismo. Porque, si sigues impediendo sobre esta tierra, más vale que esté llena de hombres que desierta. Una torre o una nave, en efecto, por grande que sea, no es nada, vacía de hombres».

Aún no se ha escrito la epopeya de la libertad hispano-americana. Paréceme que ya es tiempo que el unguido emboque la trompa épica y cante. Y vaya que el Agamenón nuestro es excelso, y que a su lado se movieron muchos héroes émulo de Aquiles y rivales de Hector en belleza y valentía.

Creo, doctor Aragón, que usted no me preguntará quién es el amado de las musas para tan ardua em-

presa. Allí, en medio de ustedes vive, el musageta que debe rendir a su Patria este homenaje.

Es varón de vasta ciencia; neuma divino le mueve, gran patriota, versado en la historia y doctísimo en la filosofía y en las letras.

Los viajes y el estudio, guiados por una inteligencia soberana, han colocado a ese aedo en el ápice de la poesía española. Justo y saludable es, para emplear las palabras litúrgicas, que él cumpla esa misión.

Estas frases pálidas y pobres no agregarán ni una hoja de laurel a la justa corona que usted se ha conquistado. Sólo le dirán que yo, su admirador y amigo, he leído y releído con amor su precioso libro y que al felicitarlo pido a Dios, Señor de la supervivencia, le conserve largos años para honor de Colombia y que la gloriosa Universidad del Cauca prepare para usted el nicho que merece.

Su estimador y amigo,

TOMÁS CADAVID RESTREPO

Letras y Ciencias

MGR. DUPANLOUP

Honor a las ciencias, a las corporaciones sabias, a los potentes genios que con tesón investigan cuanto Dios ha ofrecido a la contemplación o a las pesquisas de la inteligencia humana; a quienes abundan en los arcanos portentosos de la Naturaleza, miden los espacios infranqueables donde hallan y nombran astros nuevos al escudriñar sus profundidades, y retornando a la esfera que habitamos, penetran hasta sus entrañas mismas, y allí como en un libro abierto descifran lo más recóndito que guardaban, les arrebatan sus velados tesoros, y a fuerza de cálculos en que la exactitud corre pare-